

## NOTAS DESDE TASKENT

### Un estudio etnográfico sobre la vida académica uzbeka

Un estudio sobre los especialistas en ciencias sociales en Uzbekistán es probable que sea atípico de varias maneras. Tanto su entorno, la Academia de Ciencias de Taskent, como la población estudiada, investigadores formados anteriormente en la era soviética, retenidos como empleados contratados por el régimen poscomunista, impone virtualmente ajustes metodológicos sobre la etnóloga visitante. Sobre todo, porque la propia ocupación de los académicos –filósofos, historiadores, antropólogos y arqueólogos– les coloca profesionalmente en situación de igualdad con ella. Además, Uzbekistán sobresale por su grado de exclusión del proceso contemporáneo de globalización capitalista. Una década y media después de la independencia, la economía se encuentra en un estado desastroso. Las empresas han parado la producción, desapareciendo una tras otra. Los trabajadores que anteriormente recibían un salario han sido abandonados a arreglárselas por sí mismos en las ciudades y a adaptarse a economías de subsistencia en las áreas rurales; un empleado cualificado del Estado gana un salario medio de 10 a 20 dólares mensuales. Los términos convencionales como «desempleo» o «trabajos» no se corresponden con la situación en la que se encuentran ahora estos agentes, ni a las nuevas maneras con las que tienen que enfrentarse a la vida diaria.

Políticamente, también Uzbekistán representa un caso extremo. El régimen de Islam Karimov se ha caracterizado por una dramática personalización del poder y una monopolización de los recursos por un reducido círculo que gravita alrededor del jefe del Estado; por la expropiación de los activos nacionales (las reservas de oro del Estado se almacenan en un banco suizo a nombre de Karimov); por la expansión de la policía política y por el empobrecimiento de la población. Este entramado se camufla como un sistema multipartidista simplemente clonando el partido en el poder. Karimov es un partidario incondicional de la guerra contra el terror, que desde hacía mucho tiempo llevaba cultivando unas estrechas relaciones con Washington, incluyendo un acuerdo sobre bases militares. El acuerdo fue revocado en mayo de 2005, después de la masacre de la oposición en Andijan. Karimov sospechaba que la embajada de Estados Unidos había ayudado y amparado las protestas. En la represión subsiguiente, mis dos años de investigación fueron suspendidos. A continuación describiré

brevemente este terreno etnológico más o menos «improbable», antes de presentar mis hallazgos sobre la comunidad uzbeka de las ciencias sociales en las áreas del trabajo intelectual, el matrimonio, la ideología y la formación del conocimiento.

La construcción de un Estado moderno no comenzó en estos territorios hasta después de la Revolución bolchevique; la República Socialista Soviética de Uzbekistán no se estableció hasta 1924 y fue casi contra la voluntad popular el que el país alcanzara la independencia después de la caída de la Unión Soviética. La breve efervescencia política, social y cultural que había acompañado a la *perestroika* se vio rápidamente interrumpida después de las elecciones de 1990, que llevaron a la presidencia al antiguo primer secretario del Partido Comunista, Islam Karimov; un puesto que mantiene en la actualidad. Nacido en 1938 en una familia de clase mediana-baja de Samarkanda, Karimov era un producto del sistema soviético de orfanatos. Se diplomó en ingeniería antes de unirse a la burocracia del Gosplan para abrirse camino hasta llegar a dirigente provincial del Partido en Kaskadaria, al sur del país. En 1989 Gorbachov le sacó de la nada y le nombró secretario del Partido en Uzbekistán, buscando un «tecnócrata» que no estuviera sometido a lazos de clanes o facciones. Realmente una de las principales características de Karimov es que no está sometido a nadie excepto a sí mismo.

Después de la independencia su régimen actuó con rapidez para aplastar cualquier oposición organizada, al mismo tiempo que acometía una serie de operaciones ideológicas para legitimar el nuevo Estado. Junto a la gigantesca obra escrita de Karimov, lectura obligatoria a todos los niveles, desde la escuela primaria a la universidad, las autoridades encomendaron a todos los académicos que no habían huido del país, la tarea de construir una «ideología nacional» basada en la «idea nacional». Cuando la Academia de Ciencias fracasó en producirla, las autoridades despidieron a todos los investigadores y los invitaron a solicitar trabajo sobre las propuestas que planteaba el gobierno. Estas propuestas estaban organizadas sobre bases temáticas que abarcaban todas las disciplinas y estaban encaminadas a establecer una «ciencia uzbeka». Eso suponía una revisión global, si no una inversión, del consenso anterior. Así, Timur, el antiguo «tirano cruel» se convertía en el héroe fundador de la nación, mientras que los *bosmach*, anteriormente reaccionarios que mantuvieron una guerra contra la Revolución bolchevique, aparecían como la vanguardia de los luchadores por la libertad. En todos los campos, había que promover metódicamente la existencia previa de la nación, el Estado y la civilización uzbeka. La investigación etnonímica y toponímica adquiriría una nueva preeminencia; historia, arqueología y etnología se recombinaron en una superdisciplina que recibió un puesto de honor en el proceso de legitimación.

Al mismo tiempo, el régimen estaba oficialmente comprometido en promover una doctrina del pluralismo étnico, patrocinando numerosas tesis sobre el tema. Lo que estaba en juego principalmente era encontrar la manera de

reconciliar la glorificación de la esencia uzbeka con la existencia de componentes no uzbekos en la población. Desde la independencia ha habido una considerable emigración y los grupos exógenos de la población (rusos, alemanes del Volga, armenios, coreanos) han sido los primeros en marcharse. Actualmente, el uso de la lengua uzbeka está siendo promovido mediante mandato del Estado, mientras que la utilización del ruso en la educación es cada vez más rara, lo que ha llevado al surgimiento de una dicotomía conceptual entre ruso hablantes, ya sean étnicamente uzbekos o no, y uzbeko hablantes. Esta actuación dirigida a la promoción de los uzbekos que no hablan ruso, ha dado un nuevo significado a la vieja distinción entre europeos y orientales, estableciendo una diferente jerarquía entre los grupos. A mediados del siglo xx los académicos locales empezaron a escalar puestos en la Academia de Ciencias de Taskent; bajo el gobierno comunista el grado de énfasis oficial en la «uzbekistación» variaba según los momentos, pero en general las preferencias siempre se otorgaban a los de origen uzbeko. Para la generación que actualmente está en los ochenta años, la que alcanzó la madurez después de la Segunda Guerra Mundial, la pertenencia al partido era más o menos obligatoria para los que se dedicaban a las ciencias sociales. Esto no se aplicaba necesariamente a las ciencias «duras», donde la promoción se basaba únicamente en el criterio de la valía científica. Actualmente, a pesar del acatamiento oficial del pluralismo, no hay ninguna posición de cualquier importancia que se conceda a un no uzbeko. En el pequeño universo de la investigación, las minorías nacionales se están volviendo cada vez más raras, la fuerza de trabajo en el campo de la ideología muestra una clara tendencia a incrementar la homogeneidad étnica y cultural.

Desde 1990, los niveles de vida de los académicos han caído en picado, como los de todo el mundo en Uzbekistán con la excepción de la clase política<sup>1</sup>. El cambio hacia el sistema académico de licitación ha acelerado todo esto. La competencia es muy intensa, y aquellos que triunfan no pueden esperar ganar más de 20 dólares al mes, con un contrato de corta duración; lo inadecuado de la remuneración se ve agravado por la periódica falta de pagos. El núcleo de los ingresos de la mayoría de los académicos procede de otras fuentes: un individuo concreto puede ser taxista a las seis de la mañana, tener un puesto en el mercado unas horas después y trabajar de electricista por la tarde. Esto lógicamente ha servido para debilitar los lazos institucionales, haciendo difícil identificar a semejantes comunidades académicas como auténticos grupos sociales que tengan características bien definidas de las que se puede ocupar la etnología.

Sin embargo, los académicos permanecen profundamente apegados a los institutos. Frecuentemente se improvisan fiestas de cumpleaños y comidas de aniversario que traen de vuelta a aquellos cuyos lazos con sus depar-

---

<sup>1</sup> El Departamento de Sociología de la Academia de las Ciencias fue abolido poco después de la independencia. Sus miembros más eminentes obtuvieron puestos dentro de las ramas uzbekas de las ONG internacionales.

tamentos se han debilitado momentáneamente o que ahora trabajan en cualquier otro sitio. Estas comidas, fomentadas por el anterior Estado soviético como sustituto de las fiestas religiosas, algunas veces duran hasta bien entrada la tarde y se han convertido en una especie de tradición. La comida es abundante y variada, regada con vodka, vino y licores caseros. Cuando se invita a los responsables de los institutos, la atmósfera es más comedida. Pero en todos los casos un grupo social simbólico se sube al escenario, sintomáticamente volviéndose hacia un pasado que se realza con nostalgia; un tiempo en el que todo el mundo iba a trabajar cada día y permanecía allí durante ocho horas completas, orgullosos de su estatus científico y de su desahogo económico. Actualmente los investigadores de las ciencias sociales van a la academia quizá una vez a la semana.

### *Trabajo y vida académica*

Sin embargo, la vida intelectual del instituto de humanidades es muy intensa. Hay muchos actos colectivos: simposios que conmemoran a brillantes académicos del pasado ignorados por los soviéticos, pero que ahora se consideran precursores de la esencia uzbeka; extensos exámenes a candidatos doctorales, conferencias nacionales. Las reuniones del instituto cuentan con la asistencia de mucho público, que busca un respiro en la diaria búsqueda de provisiones en bazares con pocas existencias. Actualmente hay muchos pensionistas, incluyendo dignatarios de la era soviética, todavía con fuerzas a sus ochenta años, así como muchos jóvenes e investigadores de mediana edad. En todos estos actos, y en especial en los exámenes doctorales, la discusión es muy viva, algunas veces incluso amarga; el presidente tiene que luchar para mantener el orden. Las intervenciones aunque se queden dentro de límites claramente establecidos, alcanzan notable altura retórica, al margen del hecho de que el idioma uzbeko ahora reemplaza obligatoriamente al ruso en las comunicaciones académicas. Esta regla hace que las cosas sean difíciles para todos, no solo por cuestiones de pronunciación sino también de formulación conceptual; el cambio gradual del alfabeto cirílico al latino también se está demostrando difícil de aplicar. Se pueden emplear muchas horas en discutir cuestiones tales como la diferencia entre la idea nacional y la ideología nacional; la filosofía todavía es hegemónica en esto. El observador no puede menos que quedarse impresionado por la actividad, el activismo, de la mayor parte de la población, el deseo de reconocimiento público y la aparente seriedad de los argumentos.

En estas condiciones, la misma noción de actividad intelectual se ve cuestionada por las circunstancias en las que se desarrolla, aunque el trabajo en sí mismo conserva un prestigio enorme. Las misiones ideológicas se llevan con gran rigor, las órdenes contradictorias se toman en serio, los conocimientos se aplican cuidadosamente. La gente habla de inquebrantable lealtad hacia las instituciones a las que están apegados. Aunque esto podría razonablemente verse como una prolongación de las relaciones

soviéticas, también hay que tomar nota de una cierta nostalgia por el pasado. Las descripciones de la era soviética que hacen los académicos resaltan la seguridad total, económica, social y política que proporcionaba, garantizando tanto su propio futuro como el de sus familiares. Los entrevistados nombraban a menudo la calle de Moscú donde estaba su albergue de estudiantes, o recuerdan su *gap*, el tradicional grupo de varones uzbekos (aunque las mujeres se les estén uniendo ahora), formado por comunidades basadas en el estudio, el trabajo o la residencia, que se reúne con regularidad para una comida en la que cada uno trae su contribución. Muchas narraciones sobre la vida estudiantil en Moscú muestran a una familia rusa que se preocupa de la educación del joven uzbeko, que recompensa su preocupación con una gratitud de por vida, tanto afectiva como intelectual.

En este pasado reconstruido, la relación de los académicos uzbekos con el Estado soviético basado en Moscú, a quien los entrevistados seguían llamando «el centro», parece haber sido coherente: compromiso leal a cambio de la asistencia de una entidad política suprema. La República de Uzbekistán no da nada a cambio de la lealtad, abandonando a todos a las bondades de la dependencia interpersonal. En las ciencias sociales, hay una intensa competencia entre los investigadores; algunos por ejemplo se niegan a compartir informaciones obtenidas de fuentes extranjeras. Hay una considerable rivalidad para el acceso a los recursos, especialmente los del exterior, tales como conferencias, becas, concursos públicos u oportunidades de publicación, que a pesar de la cada vez mayor invasión de la censura, es el mayor orgullo para los académicos. Por otra parte, en las ciencias «duras», la falta de equipos adecuados en los laboratorios es tan dramática que da pie a la ayuda mutua y solidaridad por encima de institutos individuales. El puñado de investigadores con acceso a aparatos modernos lo pone a disposición de los colegas de otros institutos, de manera que puedan continuar con sus experimentos. Hasta cierto punto, la inteligencia y la improvisación compensan la escasez general. La persecución de una adecuada práctica científica en condiciones deplorables es poco menos que admirable.

### *Modelos de matrimonio*

Desde la independencia, la República no solo ha homogeneizado étnicamente la sociedad en beneficio de los ciudadanos de ascendencia uzbeka, que ahora son cada vez más dominantes. Al mismo tiempo ha reintroducido la tradición en las relaciones sociales. La endogamia ha aumentado; la edad de matrimonio, que aumentó durante la era soviética, ha descendido. Las prerrogativas paternas en la elección de la pareja se han canonicado como norma cultural intocable. Paralelamente, el gobierno ha consolidado su control sobre los comités de la *maballa* (barrio), que están bajo la autoridad del consejo de los *aksakal* (ancianos), todos ellos nombrados directamente. Las restricciones «culturales» se han institucionalizado

políticamente, mientras el chismorreo y los rumores se han legitimado, actuando como una policía de la moral. Una de las consecuencias más significativas es que el divorcio está en la actualidad prácticamente prohibido porque perjudica la imagen del barrio y la consideración de sus notables.

Los investigadores sociales a los que entrevisté estaban dispuestos a hablar sobre estos cambios en los modelos de comportamiento matrimonial, y a menudo sacaban fotografías de sus padres y suegros para ilustrar la vida en «los buenos tiempos». A principios del siglo xx, cuando los privilegios del conocimiento estaban bajo los auspicios del Islam, las *otin*, mujeres clérigo que enseñaban la religión tuvieron un papel significativo. A partir de la década de 1920, este tipo de enseñanza era compatible con un oficio manual o con la pertenencia al partido. El proceso de emancipación de la mujer fue formalmente puesto en marcha con la *bujum*, la «ofensiva» de 1927, cuando Stalin encendió una hoguera en la plaza de la mezcquita de Samarkanda para quemar los velos (*paranji*).

La lógica matrimonial tuvo un papel importante en mis conversaciones con los académicos de Tashkent. En la generación que actualmente tiene más de cincuenta años, las mujeres habían elegido por lo general a sus maridos, a menudo teniendo que luchar contra los deseos de sus padres. El matrimonio, tanto para las mujeres como para los hombres de este grupo, se posponía hasta que completaban su educación. Actualmente, sin embargo, como resultado de sus preocupaciones económicas, las mujeres están organizando los matrimonios de sus hijos de manera autoritaria, haciendo que se casen lo más pronto posible. La intención es asegurar un mínimo de dignidad para el final de la propia vida, diferenciándose de los andrajosos ancianos rusos que han sido abandonados por sus familias y ahora frecuentan los mercados pidiendo una moneda y hurgando en la basura a la búsqueda de comida. El precio de esta garantía cuasi vital es la sumisión de la juventud; las jóvenes se envían a las familias de sus maridos para actuar de sirvientas y ser explotadas a voluntad, sin importar la educación que puedan tener e independientemente del estatus intelectual de sus padres o suegros. Estas jóvenes encuentran todas las puertas cerradas cuando intentan salirse de la trampa. La supremacía del varón, que había sido atacada por el aparato ideológico del Estado soviético, se ha vuelto a naturalizar de nuevo, asumiendo la evidencia moral de una especificidad uzbeka. Una televisión controlada por el Estado martillea a los espectadores con la singularidad de los *o'zbekchilik*, de los uzbekos con su alegre *mahalla* y con las radiantes caras de su *aksakal*. Los entrevistados humorísticamente describen esta situación como una regresión medieval.

### *Reflexiones sobre el método*

A menudo al etnólogo se le coloca a priori en una situación social superior a la de la gente a la que estudia; el pivote de la tarea del científico es su capacidad para neutralizar su supuesta superioridad, devolviendo a esa

gente conocimiento social sobre sí mismos. Mi estudio sobre Uzbekistán, sin embargo, no se adapta totalmente a este modelo tradicional, y solo porque la propia ocupación de los académicos automáticamente les colocaba en pie de igualdad con la antropóloga visitante. Como antiguos ciudadanos de la URSS, habían sido educados en la convicción de la superioridad del comunismo sobre otras formas de organización social; su colapso ha alterado pero no borrado, sus recuerdos de este pasado retrospectivamente «radiante». Su actual situación, en una nación con las fronteras cerradas y recursos menguantes, se ensombrecía por la conciencia de haber pertenecido a una gran comunidad científica universal. Los entrevistados frecuentemente recordaban sus viajes a la antigua URSS, su formación en Rusia, las conferencias científicas a las que acudieron, los colegas que encontraron de todas partes de la Unión. Hoy en día se sienten doblemente excluidos de la comunidad académica internacional: por un lado, por las dudas sobre la competencia adquirida con el sistema soviético y, por otra, por el hecho de que están en un país periférico. Por ello, los contactos con el extranjero son especialmente valorados como aperturas al actual mundo de investigación globalizada, con unas convocatorias que requieren múltiples relaciones, accesibles solamente a gente con contactos personales y que se ven como oportunidades para una reintegración simbólica.

Otro elemento más que estructuraba la investigación etnológica era la presencia del asistente nativo que me acompañaba, que clarificaba el proyecto a los entrevistados e interpretaba sus respuestas. Mi colaborador, un hombre austero, culturalmente francófono de casi sesenta años, procedía de una familia con educación de origen uzbeko; su escolarización se había desarrollado en esa lengua, pero hablaba perfectamente el ruso (obligatorio en la educación superior durante la era soviética). Juntos realizamos docenas de ejercicios de interpretación, avanzando y retrocediendo entre lo que los entrevistados nos habían contado y la propia vida y experiencia de mi colaborador, de la que se distanciaba y objetivaba. La inusual combinación de dos facetas, una endógena y la otra exógena, bastaba generalmente para superar la resistencia. A los ojos de los entrevistados, la igualdad simbólica entre el intérprete y el antropólogo tenía un valor ejemplar; realmente, la neutralización de las diferencias jerárquicas era una de las fuerzas que conducían la investigación.

La simbiosis entre el antropólogo y el intérprete es indispensable para semejantes investigaciones. Sin embargo, la configuración se modifica por la manera en que la «otredad» endógena se produce, que constituye un proceso particularmente complejo en Uzbekistán, y por la valencia positiva o negativa que se le otorga. En los institutos de ciencias sociales, donde se esperaba que los investigadores legitimaran la «esencia» uzbeka, y que por ello estaban posicionados en el lado «oriental» de la cultura uzbeka, los entrevistados se mostraban encantados cuando encontraban que mi asociado hablaba uzbeko; su posición «interior» les llevaba a hablar libremente de los caminos que habían seguido en el matrimonio y en la investigación. Por ello me encontré envuelta en un contexto casi exclusivamente uzbeko.

ko, ya que quedaban pocos investigadores con otros orígenes (rusos o coreanos). En las ciencias «duras» sin embargo, donde la «nacionalización» del conocimiento se veía simplemente como una deplorable estupidez del gobierno, había más no uzbekos que en las ciencias sociales; la aspiración a la universalidad tendía a borrar las distinciones de origen.

### *El historiador*

Finalizaré este esquema con el retrato de un académico al que llamaré Iván, un historiador de más de sesenta años. De pequeña estatura, era de origen ruso con unos ojos azules y duros. Después de perder a su padre a una edad temprana, fue educado en establecimientos reservados a niños dotados. Se había casado y después divorciado y no tenía hijos propios. Antes de 1991 había ocupado un puesto docente en la escuela de formación avanzada para cuadros del Partido Comunista, y había sido miembro del comité de ciencias del Partido. Ahora era un investigador ordinario. Me lo encontré la primera vez en la primavera de 2004 en el instituto de ciencias sociales, que ocupa una planta en un bloque de torres de la era de Kruschev en el extenso campus de las ciencias a las afueras de la ciudad.

Iván hablaba con precisión pero de manera precipitada, como si se le fuera a acabar el tiempo. Describía las condiciones de trabajo en el instituto, señalándome espontáneamente las restricciones ideológicas de sus escritos. El instituto había sido comisionado por el gobierno para producir una historia revisada de Uzbekistán, desde los orígenes prehistóricos al presente, como tributo al genio uzbeko. Se habían formado equipos para acometer esa gigantesca tarea. El primer volumen ya se había publicado y le iban a seguir unos quince más. Los equipos estaban compuestos por arqueólogos, historiadores, etnógrafos y también expertos en «independencia uzbeka», «Estado uzbeko» y «periodo colonial y soviético», por utilizar el nombre de varios departamentos del instituto. La inclusión de la época soviética en la era colonial provocaba algunos problemas intelectuales; en conversaciones privadas, los investigadores señalaban lo repugnante que encontraban calificar al Estado soviético como Estado colonial. Detrás de semejantes revelaciones se encuentra la conciencia de una deuda personal por su propia educación, y por el estatus científico alcanzado antes de la independencia.

Iván había emprendido una exhaustiva crítica de la ideología marxista-leninista que anteriormente había enseñado. Esto al mismo tiempo era una crítica de su propia identidad, que había estado fundada en una lealtad al Estado soviético que le había dado confianza en su propio futuro. Actualmente no podía aceptar tener que escribir lo que a sus ojos eran claramente falsedades; sin embargo, en la actual coyuntura todos los detalles eran importantes, y una formulación equivocada podía provocar terribles represalias del régimen. Las expresiones podían estar cargadas de significados ocultos y había que inventar constantemente otras nuevas. El nombre de «Gran Guerra patriótica» ahora estaba prohibido, e Iván había elegido in-



geniosamente la «Guerra soviético-alemana» para sustituirlo. Era una autoridad en ese periodo en especial, y se había negado por cuestiones de honor intelectual a hacer las alteraciones en sus escritos que le exigía la directora uzbeka del instituto, que temía cometer un *faux pas* ideológico por el que se le pudieran exigir responsabilidades.

Sin embargo, finalmente se vio obligado a cumplir las exigencias. También habían entrado en juego otros factores. Sus orígenes rusos le colocan en una posición subordinada en el instituto, haciéndole cada vez más vulnerable, como a todos los no uzbekos, frente a la competencia interna. Su capacidad se explotaba tanto de forma lícita como ilícita. Como nativo ruso hablante, con fama de lucidez argumental, se le pedía que detectara errores en los ensayos de los volúmenes de la historia uzbeka. Estos ensayos estaban escritos en ruso, después se traducían al uzbeko en cirílico antes de una eventual publicación en escritura latina. Como muchos investigadores de origen no uzbeko, Iván ganaba un dinero vital escribiendo tesis, disertaciones y resúmenes para estudiantes uzbekos que podían permitirse pagar por ellos y que de otra manera no hubieran alcanzado los niveles exigidos. Denunciado por hacer trabajos pagados a espaldas del instituto, Iván fue finalmente más o menos forzado a abandonarlo. Sus artículos ya no llevaban su firma, al publicarse solamente aparecían nombres uzbekos. Cuando hablaba en una conferencia tenía que soportar ataques públicos a sus ideas por parte de ambiciosos investigadores uzbekos deseosos de obtener reconocimiento por sus servicios a la causa nacional.

Iván había aumentado el tiempo docente que invertía en una universidad en Kazajistán al otro lado de la frontera, ya que los salarios eran considerablemente mejores que en Uzbekistán. Con sus escasos ahorros, se las había arreglado para comprar por 2.000 dólares un apartamento de 70 metros cuadrados, que después había reformado, en uno de los complejos de viviendas de rentas bajas en las afueras de Taskent. Le había echado trabajo y ahora estaba sorprendentemente elegante, con luces intermitentes en el dormitorio, paredes de colores brillantes, una pequeña cocina con bancos y una mesa de madera sin barnizar. Allí vivía a su aire, algunas veces con un chico de origen uzbeko a quien Iván considera su hijo adoptivo y a quien pagaba su educación. Los vecinos de la escalera eran familias de origen uzbeko, procedentes de áreas rurales, que le pedían consejo sobre cuestiones personales y relativas a asuntos gubernamentales, especialmente sobre la legalidad de las acciones de una u otra de las «asociaciones» que se habían hecho cargo de la administración de la vivienda pública cuando fue privatizada<sup>2</sup>. Iván era el portavoz de su comunidad, luchando con-

---

<sup>2</sup> En 2005, incluso el presidente de Uzbekistán denunció la escandalosa corrupción de estos comités administradores, que estaban usando solamente el 5 por 100 de los fondos de mantenimiento para realizar reparaciones, dejando las instalaciones colectivas en un estado de lamentable abandono.

tra la asociación local en nombre de todos sus habitantes. Estaba bien integrado en esta sociedad local y vivía en una atmósfera de confianza mutua, a gusto en medio de mujeres sonrientes con largos vestidos y coloridos pañuelos que tenían afecto por el viejo profesor.

Desde nuestro primer encuentro en el instituto, me sentí intrigada por Iván, por su franqueza y sus maneras directas. Sugerí que nos volviéramos a encontrar y accedió inmediatamente invitándome a su casa. La primera vez que fui allí, realmente no había acabado de levantarse a pesar de tener una cita conmigo. Después de una noche de mucho beber, se tomó un vaso pequeño de vodka supuestamente para eliminar la resaca. Eso no me sorprendió porque es una práctica local habitual. Sin embargo, sin más preámbulos se mostró preparado para emprender una amplia investigación sobre su pasado y su presente, político e individual. Tomó una posición radical explicando quién era, mostrándome su álbum de fotografías, señalando especialmente sus estancias en centros de vacaciones, a los que solamente la elite intelectual de la URSS podía acceder, y los viajes de estudio a Europa del Este con su mujer y sus colegas. Las fotografías mostraban el trabajo colectivo y la pareja matrimonial: los dos polos simétricos de su identidad individual. Ambos polos se habían derrumbado, ahora se sentía expuesto y cuestionaba los mecanismos internos y externos íntimamente articulados que, después de haberle alzado hasta las cumbres de la dominación ideológica, le habían dejado en lo que consideraba una vergonzosa servidumbre intelectual.

En el transcurso de varios días de discusión con Iván y con mi asociado, observé a los dos hombres e intenté relacionarlos. Pertenecían a la misma generación; uno era de origen uzbeko, el otro ruso. Coincidían en su visión de la historia reciente, no solo políticamente, sino también en su experiencia personal de la época. Nuestros encuentros, largos y cordiales, me ayudaron a situar a cada cual en su adecuada posición política y socioeconómica, permitiéndome comprender cómo sus subjetividades individuales estaban escritas en las relaciones sociales; los encuentros también demostraron los límites interpersonales de la homogeneización étnica de las relaciones sociales que había promovido el Estado.

Iván era inflexible en cuanto a que Uzbekistán era su tierra natal y en cuanto a que nunca había pensado en abandonarla. En Rusia se le consideraba un extranjero con acento y hábitos uzbekos, y como muchos otros ciudadanos de origen ruso, carecía por completo de vínculos con Rusia. Reivindicando, en lo que era una negación de la realidad, ser un ciudadano uzbeko por completo, constantemente deploraba lo que consideraba la pasividad de la población de origen uzbeko, su resignada sumisión a la autoridad. Mi colaborador incluso llegaba más lejos en su crítica; los dos hombres intercambiaban un montón de chistes, anécdotas, proverbios y fábulas políticas. Todas llevaban el mismo mensaje: un pueblo estaba siendo implacablemente aplastado; doblegado por el sufrimiento, había llegado a tolerar lo intolerable, la desmedida arrogancia de los poderosos y su in-

saciable sed. En los dos hombres, las descripciones de masas serviles y ávidos dictadores se acompañaban de abundantes metáforas con animales, ovejas, peces, etc. El presidente de Uzbekistán era el peor, superando a sus colegas de Asia Central. En comparación, Rusia se veía como el paraíso del desarrollo democrático y del progreso económico.

### *Andiján*

En mayo de 2005, la investigación llegó a un brusco final. El juicio en Andiján, 257 kilómetros al este de Taskent, contra un grupo de dirigentes empresariales acusados de pertenecer a una organización islámica, desencadenó grandes manifestaciones. La represión fue brutal, hombres, mujeres y niños cayeron bajo las balas. El gobierno se negó a permitir una investigación internacional, y respondió a las demandas y exigencias montando su propio comité de investigación, con el embajador de Turkmenistán como único representante «internacional», una parodia de la imparcialidad. Al mismo tiempo, el gobierno anunciaba que había expulsado a los militares de Estados Unidos de la base de Karshi-Khanabad. Se presentó en ruso y uzbeko un libro de «Nuestro Presidente», al que algunas veces se le citaba como «Nuestro Padre», que se sumaba a la montaña de sus publicaciones teóricas. La televisión y la prensa siguieron los acontecimientos diariamente, mostrando a los culpables confesando sus crímenes, admitiendo haber sido manipulados por poderes extranjeros; los padres contritos repudiaban a sus hijos. Se organizaron reuniones de jóvenes, debidamente seleccionados y traídos en autobús desde residencias universitarias, donde todos celebraban la «victoria de» Andiján, lanzando consignas que proclamaban el orgullo de la nación uzbeka para negarse a ser doblegada por las presiones exteriores.

Por su parte, los académicos de los institutos de ciencias sociales fueron invitados a denunciar a los traidores que habían sido sobornados por poderes extranjeros para desestabilizar a la nación, como había sucedido en Kirguistán y Georgia. También se les pedía que informaran sobre gente que no utilizara correctamente Internet. Los oradores de esas sesiones eran normalmente mayores, en muchos casos habían sido formados como filósofos y están bien versados en la retórica de la propaganda. Instaban a todo el mundo a que apoyara al gobierno y a pasar la información que les llegaba de sus familias, vecinos y *maballa*. La televisión mostraba como un espectáculo edificante la humillación de aquellos emplazados a testificar sobre los acontecimientos; las autoridades estaban decididas a degradarlos. En 2004, el miedo al Estado a menudo estaba oculto, excepto para unos cuantos académicos que imploraban al antropólogo visitante, como si fuera un emisario del mundo exterior, para que hiciera algo, cualquier cosa, para salvar a su país. Sin embargo, en 2005, los entrevistados se sentían obligados a quedarse al margen. Cualquiera que mostrara la más mínima señal de disidencia estaba bajo una amenaza explícita. Incluso cuando los miedos se verbalizaban, parecían tener el resultado de

hacer parecer al jefe del Estado más invencible todavía. Se empezó a hablar de él solamente en tercera persona, su voluntad de poder se percibía despiadada, ahora la resistencia sería aplastada incluso con menos piedad y menos moderación que en el pasado.

En las postrimerías de los sucesos de Andiján, los discursos de los académicos algunas veces se desplazaban hacia lo fantástico, dando un carácter demoniaco a la Jefatura del Estado. Las historias familiares de arrestos arbitrarios y desapariciones de la era de Stalin surgían a la superficie con vacilaciones, y la comparación solía significar que el periodo actual era incluso más terrible. La independencia había eliminado cualquier posibilidad de enfrentar a los dos centros de poder político, de apelar desde la periferia al centro, y desde las organizaciones locales del partido a Moscú<sup>3</sup>. Ahora individuos indefensos se encontraban a sí mismos frente a frente con un poder hipertrofiado, sin mediación o escape. Los académicos parecían escuchar atentamente las lecturas políticas a las que se veían sometidos tras la masacre de Andiján simplemente para evitar atraer la atención de los espías del gobierno. Se negaban más que nunca a ver la televisión uzbeka o a leer los diarios nacionales. Trataban de obtener las noticias de Moscú, pero todos los canales internacionales estaban bloqueados, incluyendo los rusos. La sensación de soledad y abandono surgió en el transcurso de tensas conversaciones, que los entrevistados interpretaban como actos de intrepidez individual. En Andiján, los edificios públicos destruidos durante los disturbios no se reconstruyeron porque no se encontraban trabajadores dispuestos. En las afueras de la ciudad, los empleados municipales se negaban a limpiar las sombrías huellas de los acontecimientos y hacían compañía a los que habían muerto. Las triunfales proclamas gubernamentales parecían amplificar la confusión emocional ocasionada por esta falta de respeto hacia los muertos. Dejar a los muertos sin entierro: este gesto de desprecio se vio como una provocación gratuita sirviendo solamente para avivar el terror de la población<sup>4</sup>.

Mi intérprete y yo notamos con preocupación que la obsesión gubernamental con los agentes extranjeros le alcanzaba a él. Repetidamente se le identificaba como francés y su conocimiento del uzbeko no hacía más que aumentar las sospechas; conmigo pasaba lo mismo. Tanto él como Iván estaban de acuerdo en las consecuencias probables de los sucesos de Andiján. Temían una guerra civil como la que había estallado durante cinco años en Tayikistán en 1992. Bajo su punto de vista, la única cosa que impedía un desenlace de este tipo era la actual dictadura, cada vez más detestable pero el mal menor. De acuerdo con estos dos hombres, no había ninguna perspectiva de una alternativa política real; ninguno de

---

<sup>3</sup> En los antiguos listines de teléfonos que uno puede encontrar todavía en los institutos de Taskent, las líneas directas de los representantes del partido están junto a las de los dirigentes, permitiendo a los subalternos dirigir las reclamaciones y quejas a Moscú.

<sup>4</sup> Comunicación personal de una investigadora uzbeka de Andiján.

los miembros del movimiento de independencia que estaban en el exilio, o de las figuras que acababan de aparecer, como el dirigente del partido de los campesinos, inspiraban muchas esperanzas. La introyección de una total impotencia política se mostraba más fuerte que nunca. Ninguno de ellos había objetado el hecho de que tomara notas ininterrumpidamente durante nuestros encuentros. Después de los sucesos de Andiján, sin embargo, mis compañeros me advirtieron para que disfrazara los nombres de toda la gente que mencionara. En caso de que fuera arrestada en el aeropuerto y se confiscaban mis apuntes, podían ser leídos por los servicios de inteligencia. Accedí inmediatamente, notando cómo el Estado se había deslizado en nuestros encuentros en una forma imaginaria, y que teníamos que protegernos de él por medio de fetiches.

Una mañana, pocas semanas después de la masacre de Andiján, los servicios de seguridad me detuvieron a la entrada del instituto y se negaron firmemente a dejarme pasar. La consternación en los ojos de mis principales aliados daba muestras de la fuerza de la orden. La resignación de mis antiguos entrevistados, la deprimente comida a la que me invitaron en una *dacha*, y su impotente silencio, no hacían más que confirmar esta dolorosa impresión. Los directores de los institutos de investigación estaban compitiendo entre ellos para mostrar su celo ideológico, evitando cualquier riesgo de una complacencia indebida hacia un intruso extranjero. Una acusación de ese tipo podía acabar en el despido.

### *Etnología y globalización*

El proceso de globalización capitalista inevitablemente transforma el entendimiento de las ciencias sociales y especialmente de las antropológicas. Un corolario de ello es que la posición de un país determinado dentro de este proceso tiene una influencia decisiva en sus relaciones sociales internas, pero también en sus procesos de formación del conocimiento y en las maneras en que estos se interpretan. La intromisión de las prerrogativas gubernamentales en las ciencias sociales en Uzbekistán –la etnización de las disciplinas humanas y humanidades, la «criminalización científica» del comunismo– sirve para iluminar en los países «clave» la ideologización de las ciencias basada en el mercado, donde la investigación universitaria se ve cada vez más subordinada al pensamiento gerencial y a las demandas de reducir gastos. En Francia, por ejemplo, en la mayor parte de los casos las convocatorias interministeriales para científicos sociales están concebidas para realzar la rentabilidad de las medidas del gobierno, en especial en las áreas de la organización de la salud y de los servicios para discapacitados e indigentes. Los temas propuestos para investigación son generalmente muy estrechos y técnicos, sometidos a una economía de costes tan intocable como tácita, inhibiendo todo pensamiento de naturaleza más general sobre los mecanismos centrales de la sociedad contemporánea. Lo mismo sucede con las convocatorias internacionales: las tareas de gestión se llevan la mayor parte de los formularios.

La globalización del capitalismo y de las tecnologías de la información ha hecho explotar de una vez y para siempre el objeto mítico del estudio etnográfico: la pequeña y cerrada comunidad de conocimiento compartido, con su propio tiempo, lugar y formas de producción y reproducción. El empobrecimiento de esos espacios nacionales excluidos del proceso de globalización, tanto como la mercantilización de las relaciones en los países del centro, sirve para disolver semejantes agrupamientos definidos; incluso la microunidad formada sobre la base del trabajo pierde su pertinencia. En estas condiciones la cualidad de la relación atenta, cara a cara, y de las reflexiones desarrolladas por el sujeto individual sobre su propio mundo siguen siendo un mérito de la aproximación antropológica e indicadores de su desarrollo; el acto de prestar atención mantiene su valor. Sin embargo, un estudio como éste también obliga al antropólogo a distanciarse epistemológicamente de arraigados hábitos científicos y reflexionar sobre su propio aparato metodológico.